

La Comédiathèque

Memorias de una maleta

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita,
requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de
autor. Solicitar autorización:
<https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/>

Memorias de una maleta

Cuando la vida hace las maletas...

Comedia en quince sketches

Jean-Pierre Martinez

Una maleta acompaña quince encuentros absurdos: despedidas, reencuentros, viajes imaginarios y destinos inesperados. En cada historia, lo que nos llevamos —y lo que dejamos atrás— puede ser una sorpresa.

Reparto

31 personajes repartidos en 15 sketches. Reparto muy flexible: de 3 a 31 intérpretes, con papeles adaptables a cualquier género.

1. Falta de público.....	3
2. A plazos.....	7
3. Sobre la hierba.....	10
4. Esto no es Jauja.....	13
5. Exceso de equipaje.....	15
6. Quedarse helado.....	18
7. Segunda oportunidad.....	22
8. Séptimo cielo.....	25
9. Adiós... o a nada.....	28
10. Equipaje sospechoso.....	30
11. El vivo retrato de su hijo.....	33
12. El gran salto.....	36
13. Seguro contra pinchazos.....	39
14. Como una puerta de cárcel.....	41
15. È finita la commedia.....	44

1. Falta de público

Dos personajes están a ambos lados de una maleta. Parecen esperar.

Uno – ¿Crees que van a venir?

Dos – ¿Quiénes?

Uno – ¡La gente!

Dos – ¿La gente? Quieres decir el público...

Uno – ¡Los espectadores, claro!

Dos – Ah, sí, los espectadores...

Uno – No podemos actuar si no hay espectadores.

Dos – Pues no... Por eso mismo no estamos actuando.

Uno – Entonces, ¿estamos de acuerdo en que no actuamos?

Dos – ¿Estás actuando, tú?

Uno – No...

Dos – Eso digo yo. No vamos a actuar si no hay nadie.

Uno – Bueno... Entonces, ¿qué hacemos aquí?

Dos – ¿Y quiénes somos?

Uno – Nadie...

Dos – Dos personajes en busca de espectadores.

Una pausa.

Uno – ¿Por qué no vendrían?

Dos – Oh, ya sabes, los espectadores... Siempre tienen una buena excusa para no venir al teatro.

Uno – Tienes razón. Para eso les sobra imaginación.

Dos – Hay huelga de transportes...

Uno – Es un fin de semana largo...

Dos – Hay un partido en la televisión...

Uno – Acaba de haber un atentado...

Dos – Podría haber un atentado...

Uno – Hace buen tiempo, preferimos dar un paseo...

Dos – Hace mal tiempo, preferimos quedarnos en casa...

Uno – No la recomiendan los críticos, así que no voy.

Dos – La recomiendan los críticos, así que debe de ser aburridísima.

Uno – Es muy caro, prefiero ir al cine.

Dos – Es casi gratuito, debe ser pésimo.

Uno – Me encantaría ir, pero tengo una boda.

Dos – Un entierro.

Uno – Un bautizo.

Dos – Una comunión.

Uno – La religión siempre le ha hecho mucho daño al teatro.

Dos – Para buscar excusas, desde luego, imaginación no les falta.

Uno – Para otras cosas, ya es distinto...

Una pausa.

Dos – Sin embargo, no estamos pidiendo mucho.

Uno – No pretendemos llenar un estadio.

Dos – Pero una sala pequeña como esta...

Uno – Aunque solo llenáramos la mitad.

El segundo parece reparar en la presencia del público.

Dos – Y estos, ¿quiénes son?

Uno – ¿Dónde?

Dos – Allí, en la oscuridad.

Uno – No veo nada.

Dos – Allá, al fondo.

Uno – Ah, sí, tienes razón... Ni los había visto entrar.

Dos – Sí, yo tampoco...

Uno – Hemos perdido la costumbre.

Dos – ¿Te das cuenta? ¡Al final han venido!

Uno – No son muchos, pero han venido.

Dos – Han superado las huelgas, el mal tiempo, las críticas...

Uno – Deberíamos darles una medalla.

Dos – Es cierto. Son héroes.

Uno – Sí... Si lo hubiéramos sabido...

Una pausa.

Dos – ¿Y ahora, qué hacemos?

Uno – ¿Cómo que qué hacemos?

Dos – ¡Ahora que han venido los espectadores! Tendremos que hacer algo.

Uno – Es que yo no he preparado nada. ¿Y tú?

Dos – Yo tampoco.

Uno – No nos lo esperábamos.

Dos – Nos ha pillado por sorpresa...

Uno – Ya habíamos perdido la esperanza...

Dos – Hace tanto tiempo.

Uno – También es culpa de ellos...

Dos – Podrían habernos avisado.

Uno – No se puede presentar uno así en el teatro, sin avisar.

Dos – Eso no se hace.

Una pausa.

Uno – Tal vez algunos hayan hecho reservas.

Dos – ¿Crees?

Uno – Es posible.

Dos – Sí, pero nadie nos dice nada.

Uno – Si no tenemos nada que mostrarles, se van a decepcionar.

Dos – Eso les dará otra buena excusa para no volver la próxima vez.

Uno – Podríamos, no sé...

Dos – Podríamos cantarles algo.

Uno – ¿Sabes cantar?

Dos – Sí... Pero no conozco ninguna canción. ¿Y tú?

Uno – Sí, conozco canciones... pero no sé cantar.

Dos – Empiezo a preguntarme si hemos hecho bien en venir...

Uno – Tienes razón... También nosotros tendríamos que haber encontrado una excusa para no venir.

Una pausa.

Dos – Más vale que hagamos las maletas.

Uno – Pero si solo tenemos una...

Dos – Pues hagamos esa.

El otro mira a su alrededor y ve la maleta.

Uno – Y larguémonos de aquí.

Empiezan a marcharse discretamente.

2. A plazos

Hay un personaje en escena. Lllaman a la puerta y va a abrir.

Uno – ¿Sí?

Dos – ¡Buenos días! ¿Me concede cinco minutos?

El primero vuelve con el segundo, que lleva una maleta.

Uno – Pase un momento, si quiere, pero tengo prisa.

Dos – ¿Ah, sí? ¿Y qué tiene tan urgente que hacer? Un domingo... El día del Señor...

Uno – No lo sé... Siempre hay cosas que hacer...

Dos – Claro... Pero ya verá, no se arrepentirá de haberme abierto.

Uno – ¿No me va a hablar de la Biblia, verdad?

Dos – Tranquilo, no me envía Dios. Más bien lo contrario... Permítame que me presente: soy el diablo.

Uno – ¡Qué susto! Pensaba que era testigo de Jehová. Como suelen venir de dos en dos, no he sospechado nada...

Dos – Mi oferta es mucho más interesante... Y yo trabajo siempre solo.

Uno – Bueno, pero le advierto que no necesito nada.

Dos – Quién sabe... Permítame al menos presentarle nuestras ofertas.

Uno – Mi serie está a punto de empezar y tengo que reiniciar el router. En este edificio la conexión es malísima.

Dos – No lo retendré mucho tiempo, lo prometo.

Uno – Bueno, le escucho...

Dos – Quería proponerle un pacto.

Uno – ¿Un pack, quiere decir?

Dos – No, no... Un pacto.

Uno – ¿Y en qué consiste?

El segundo abre la maleta y le muestra su contenido.

Dos – Le ofrezco amor, gloria y belleza.

Uno – Hombre, a mi edad...

Dos – La juventud se cobra aparte, pero, si quiere, también puedo incluirla.

Uno – ¿Juventud eterna?

Dos – Eterna... No exageremos. ¿Qué hay eterno en este mundo?

Uno – Tiene razón... Estamos más bien en la época de la adolescencia programada.

Dos – Querrá decir obsolescencia programada.

Uno – Amor, gloria y belleza... Me va a costar un ojo de la cara...

Dos – Al contrario, querido señor. Ahí está lo verdaderamente diabólico de mi oferta.

Uno – ¿Cuánto?

Dos – No le costará un ojo de la cara. Solo le pediré el alma.

Uno – ¿Ah sí?

Dos – Pero no se preocupe, puede pagar a plazos.

Uno – Tendría que pensarlo.

Dos – Venderle el alma al diablo es de lo más corriente hoy en día.

Uno – Si usted lo dice...

Dos – Y además, ¿para qué la quiere?

Uno – ¿Con qué?

Dos – ¡Con su alma!

Uno – La verdad es que últimamente no la uso mucho...

Dos – ¡Entonces mejor cámbiela por algo útil!

Uno – Aunque, nunca se sabe... Todavía podría necesitarla.

Dos – Bueno, como veo que duda, voy a presentarle nuestra oferta especial. Pero solo es válida durante veinticuatro horas...

Uno – ¿Y cuál es su promoción?

El segundo saca un catálogo de la maleta.

Dos – Como regalo de bienvenida, le ofrecemos televisión por internet, con 563 canales y conexión de alta velocidad, totalmente gratis... durante tres meses.

Uno – Ah sí, claro...

Dos – Así no volverá a perderse su serie favorita por culpa de una mala conexión.

Uno – ¿Y decía que para el resto, se podía pagar a plazos?

Dos – Le descontaremos un poquito cada mes. Ni lo notará.

Uno – ¿Puedo ver el contrato?

El segundo saca un contrato de la maleta y se lo entrega al primero.

Dos – Todo figura ahí... Aunque la letra es diminuta y el texto bastante técnico.

Uno – Ya veo... Y no sé dónde he dejado las gafas...

Dos – ¿Confía en mí? Firme al final del pacto, nada más...

Uno – Bueno...

Dos – Y no se olvide de poner sus iniciales en cada página...

Uno – Espero que no sea muy largo, porque mi serie está a punto de empezar...

Dos – No se preocupe. Con su nuevo dispositivo podrá verla cuando quiera. Las veces que quiera. ¡Durante toda la eternidad! Y gratis... durante los tres primeros meses.

Uno – Muy bien... ¿Dónde firmo?

3. Sobre la hierba

Un personaje está en escena. Otro entra con una maleta.

Uno – ¿Adónde vas con esa maleta?

Dos – A ninguna parte... Acabo de comprarla. Estaba de oferta.

Uno – Ya... ¿Te vas de viaje?

Dos – No.

Uno – Entonces, ¿para qué has comprado una maleta?

Dos – Ya te lo he dicho: estaba de oferta.

Uno – Vale... (Una pausa.) Lo tuyo no tiene remedio.

Dos – Una maleta siempre viene bien, ¿no?

Uno – ¿Para qué, si no vas a ninguna parte?

Dos – ¿Adónde quieres que vaya?

Uno – ¡Yo qué sé! El que ha comprado la maleta eres tú. ¿Eres tonto o qué?

Dos – Se podrá hablar, ¿no?

Uno – ¿De qué?

Dos – Si tuvieras una maleta, ¿adónde irías?

Uno – ¿Si tuviera una maleta?

Dos – ¿Tú tienes maleta?

Uno – ¿Para qué demonios iba a querer una maleta?

Dos – Podrías ir a algún sitio...

Uno – ¿A cuál?

Dos – No sé...

Uno – De todas formas, yo no tengo maleta.

Dos – ¿Quieres que te preste la mía?

Uno – ¿Para qué?

Dos – Por si te apetece ir a algún sitio.

El otro lo mira asombrado.

Uno – Pero ¿adónde vamos a parar?

Dos – No sé. Por lo menos, ya tenemos la maleta.

Uno – ¿Acaso estamos mal aquí?

Dos – No, qué va... Aunque tampoco sabemos cómo se está en otros sitios.

Uno – ¿En otros sitios?

Dos – Igual se está mejor.

Uno – ¿Mejor en otro sitio?

Dos – Pues sí, ¿no? Nunca hemos estado en ninguna otra parte. Siempre hemos vivido aquí.

Uno – Ya, bueno... Sabes lo que dicen...

Dos – ¿El qué?

Uno – Que la hierba siempre es más verde al otro lado.

Dos – Aquí, desde luego, hierba no hay mucha.

El otro mira a su alrededor.

Uno – En eso tienes razón.

Dos – Podríamos ir a un sitio donde hubiera hierba.

Uno – ¿Al campo, quieres decir?

Dos – Donde haya hierba.

Uno – ¿Para qué?

Dos – Para tumbarnos. Ya ni me acuerdo de cuándo fue la última vez que me tumbé en la hierba.

Uno – Aquí también venden hierba, pero no para tumbarse encima.

Dos – Además, saldría carísimo.

Uno – En la plaza del ayuntamiento hay un trozo de césped.

Dos – Sí, pero está lleno de cacas de perro.

Uno – Y encima no te dejan revolcarte por él.

Dos – ¿Revolcarte por dónde?

Uno – ¡Por el césped!

Dos – ¿Revolcarte por el césped?

Uno – ¿Se puede decir eso? ¿Revolcarse por el césped?

Dos – ¿Lo ves? No solo está prohibido hacerlo, sino que casi está prohibido decirlo. ¿Nos vamos?

Uno – ¿Adónde?

Dos – ¡Al campo!

Uno – El campo es muy grande... ¿Dónde empieza exactamente?

Dos – No sé... Donde termina el tren de cercanías, supongo.

Uno – Bueno, ¿por qué no? Nos bajamos en la última parada y vemos si hemos llegado al campo.

Dos – ¿Y qué metemos en la maleta?

Uno – ¿Qué quieres meter? ¡Si solo vamos en tren!

Dos – Tienes razón. Si encontramos algo interesante allí, lo podremos traer dentro.

Uno – ¿Qué línea cogemos?

Dos – No sé. La que vaya hacia el sur, ya puestos...

Uno – Entonces, la que sale de aquí hacia el sur.

Dos – Hasta la última parada.

Uno – Venga, nos largamos.

Dos – Y nos llevamos la maleta.

Salen.

4. Esto no es Jauja

Un personaje está en escena. Otro entra con una maleta.

Uno – Así que esta vez sí que se marcha, ¿no?

Dos – Pues sí...

Uno – ¿De verdad no quiere quedarse un poco más?

Dos – Me encantaría, pero no puedo...

Uno – Qué pena... Se nos ha hecho muy corto. ¡Pero volverá a visitarnos!

Dos – Por supuesto...

Uno – Al menos, ¿lo ha pasado bien?

Dos – Sí, se lo aseguro. Muy bien...

Uno – Me alegro, me alegro... Esto no es Jauja, pero bueno...

Dos – No.

Uno – ¿Cómo que no?

Dos – Que no, que esto no es Jauja.

Uno – ¿Le parece que aquí no estamos en Jauja?

Dos – Pues no. Estamos aquí, ¿no?

Uno – Aquí... Claro que estamos aquí. ¿Y le gusta este lugar?

Dos – Muchísimo.

Uno – ¿Y conoce Jauja?

Dos – Sí. Estuve allí el año pasado. En Perú.

Uno – ¿Ah, sí? ¿Y qué fue a hacer hasta allí?

Dos – Es que siempre se habla de Jauja como si fuera el paraíso.

Uno – ¿Usted cree?

Dos – «Esto no es Jauja» por aquí, «esto no es Jauja» por allá... Quise comprobarlo.

Uno – ¿Comprobar qué?

Dos – Si Jauja es de verdad esa Jauja de la que tanto hablan.

Uno – Ah, claro.

Dos – Hasta usted acaba de decir que esto no es Jauja.

Uno – Porque no lo es.

Dos – Sí, pero daba a entender que Jauja es mejor que esto.

Uno – Es una forma de hablar.

Dos – Aun así...

Uno – ¿Y bien?

Dos – ¿Y bien, qué?

Uno – ¿Cómo es Jauja?

Dos – Pues... ¿Quiere que sea sincero?

Uno – Por favor.

Dos – No es para tanto. Yo prefiero esto.

Uno – ¡Pues eso es lo que yo decía! Jauja no es esto.

Dos – Usted decía lo contrario...

Uno – ¿Lo contrario?

Dos – Que esto no es Jauja.

Uno – Es lo mismo, ¿no? Esto no es Jauja y Jauja no es esto.

Dos – Tiene razón.

Uno – Esto es esto y Jauja es Jauja.

Dos – Exactamente.

Uno – No hay que mezclar peras con manzanas.

Dos – Claro, las peras no son lo mismo que las manzanas.

Uno – Exacto. Las peras son peras y las manzanas son manzanas.

Dos – Las manzanas serían esto y las peras, Jauja.

Una pausa.

Uno – Bueno, quizá debería marcharse ya, ¿no?

Dos – Tiene razón. Si no, perderé el avión.

Uno – Por cierto, ¿de dónde me dijo que era?

Dos – De Eslovaquia.

Uno – Ah, sí... Pues aquello tampoco es Jauja, desde luego.

Dos – Desde luego que no...

Uno – ¡Buen viaje!

Dos – ¡Gracias!

5. Exceso de equipaje

Hay un personaje en escena. Entra otro.

Uno – Buenos días. Quería comprar una maleta, por favor.

Dos – Muy bien, señor. ¿Para ir adónde?

Uno – ¿Adónde? ¿Y qué más da?

Dos – ¡Oh, cambia mucho!

Uno – Una maleta es una maleta, ¿no?

Dos – Se equivoca, señor. Hay maletas de toda clase. No es lo mismo una maleta para viajar que una para dejar el hogar tras una separación, o para abandonar el país y marcharse al exilio.

Uno – ¿Al exilio?

Dos – Por supuesto, hay muchas clases de exilio. El exilio fiscal tiene poco que ver con el económico o el político.

Uno – Bueno... Pongamos que la quiero para viajar.

Dos – ¿Por placer o por negocios?

Uno – De placer.

Dos – ¿Solo o acompañado?

Uno – ¡Pero eso no es asunto suyo!

Dos – Perdone, pero si van a compartirla dos personas, el tamaño importa mucho. Sobre todo si la comparte con una mujer... En ese caso, le recomendaría un baúl.

Uno – Solo voy a meter mis cosas. Mi mujer me ha dejado. Acabamos de divorciarnos...

Dos – Siento mucho que su mujer haya hecho las maletas sin usted...

Uno – Gracias...

Dos – ¿Cuánto durará el viaje?

Uno – Una semana.

Dos – ¿Cuál es el destino?

Uno – Parece que ya estoy pasando la aduana...

Dos – Para hacer un safari necesitará una maleta mucho más resistente y fácil de limpiar que para viajar a Suiza.

Uno – ¿A Suiza?

Dos – ¿Va a Suiza?

Uno – ¡No dije eso!

Dos – Es que, si va a transportar dinero en efectivo, necesitará una maleta más segura que para llevar unos calzoncillos y un par de calcetines.

Uno – ¡Está delirando! ¿Quién le ha dicho que voy a Suiza a esconder mis ahorros?

Dos – Es solo una suposición...

Uno – Voy a una isla, a la boda de mi hija, si quiere saberlo todo.

Dos – ¿Ceremonia civil o religiosa?

Uno – Religioso.

Dos – ¿Qué religión?

Uno – Pero vamos, ¿qué tiene que ver esto con la maleta?

Dos – Nada. Esta vez era simple curiosidad. Disculpe.

Uno – Está bien...

Dos – Veamos... Una isla, una semana, viaja solo, luna de miel... Bueno, quiero decir, viaje para asistir a una boda... ¿Va en avión o en barco?

Uno – ¿Y eso afecta a la elección de la maleta?

Dos – Para un crucero de lujo, por ejemplo, no recomendaría lo mismo que para un vuelo corriente. Salvo que viaje en clase preferente.

Uno – Voy en avión. En clase turista.

Dos – ¿Equipaje de mano o facturado?

Uno – Facturado. ¿Hemos terminado?

Dos – Por ahora me basta... Creo que tengo justo lo que necesita.

El segundo sale.

Uno – Ya era hora...

El segundo vuelve con una maleta completamente corriente.

Uno – ¿Me ha hecho tantas preguntas para ofrecerme esta maleta?

Dos – Intentamos satisfacer las necesidades de cada cliente.

Uno – ¿Y qué tiene de especial? ¿Qué la hace tan adecuada para un viaje a una isla, a la boda de mi hija?

Dos – Nada especial. Para un viaje tan corriente, una maleta corriente basta.

Uno – ¿Y por qué esta, precisamente?

Dos – Porque es la única que nos queda.

Uno – ¿La única? ¡No me diga! ¿Y para qué me ha hecho tantas preguntas?

Dos – Quería asegurarme de que no fuera un cliente especial. Pero parece que no...

Uno – ¿Especial? ¿Como alguien que se embarca en el Titanic y necesita una maleta insumergible?

Dos – Bueno, ¿se la lleva o no? ¡Que no tengo todo el día!

Uno – Tiene suerte de que no me dé tiempo a ir a otra tienda. Me la llevo.

Dos – Muy bien. ¿Paga con cheque o en efectivo?

Uno – Con cheque.

Dos – ¿De qué banco?

6. Quedarse helado

Dos personajes están sentados uno junto al otro. El segundo tiene una maleta sobre las rodillas.

Uno – ¿Había venido alguna vez?

Dos – Sí, pero hace muchísimo tiempo. ¿Y usted?

Uno – No, es mi primera vez. ¿Qué vio entonces?

Dos – Uf... Ya casi no me acuerdo... Salía... ¿Cómo se llamaba? Un actor muy famoso...

Uno – Ah, sí...

Dos – Creo que ha muerto.

Uno – ¿Ha muerto?

Dos – Creo que sí.

Uno – Qué pena. ¿Y de qué murió?

Dos – Bueno, ya sabe... No era precisamente joven. Y estaba bastante enfermo...

Uno – Aun así, es triste para la familia. ¿Tenía familia?

Dos – Supongo. Como todo el mundo.

Uno – En fin... Y era... muy famoso, ¿no?

Dos – Muchísimo. Primero salía mucho en el cine. Luego, sobre todo en televisión. Después, más bien en el teatro. Y al final ya no se le veía en ninguna parte.

Uno – ¿En ninguna?

Dos – Había caído un poco en el olvido, como suele decirse.

Uno – Por desgracia, esas cosas pasan.

Dos – Sí, todos se habían olvidado de él. Hasta yo, fíjese.

Uno – Así es la vida.

Dos – Sí...

Uno – A nuestra edad, ya no sabemos si son los famosos los que caen en el olvido o nosotros los que perdemos la memoria...

Una pausa.

Dos – ¿Qué significa «modo avión»?

Uno – ¿Cómo?

Dos – La acomodadora ha dicho que apagáramos el móvil por completo. «Incluso en modo avión».

Uno – Ah, sí, es verdad.

Dos – ¿Y eso qué significa?

Uno – No sé... Yo nunca viajo en avión. ¿Y usted?

Dos – Yo tampoco. Además, no tengo móvil.

Uno – Ni yo.

Dos – Así no corremos el riesgo de olvidarnos de apagarlo.

Una pausa.

Uno – ¿Y ha venido con la maleta?

Dos – Nunca me separo de ella. Desde aquella vez que...

Uno – ¿Qué vez?

Dos – Me la olvidé en un tren. Vinieron los artificieros. Llegué justo a tiempo: ¡estaban a punto de volarla!

Uno – ¡No me diga!

Dos – ¡Qué susto! Imagínese que la dejo en casa y los perros de la brigada cinéfila llegan olfateando hasta mi puerta, y los artificieros la echan abajo para hacer explotar la maleta.

Uno – Hace bien en llevarla consigo... (Una pausa.) La verdad es que esa maleta huele un poco raro...

Dos – ¿A usted le parece?

Uno – No tardará mucho en empezar, ¿verdad?

Dos – Eso espero...

Uno – Hace ya un buen rato que nos pidieron que apagáramos los móviles.

Dos – Igual ya ha empezado.

Uno – ¿Cómo va a haber empezado? Si no pasa nada.

Dos – Bueno, con el teatro moderno nunca se sabe...

Uno – ¿Cree que es una obra de teatro moderno?

Dos – No sé... Como la organiza el ayuntamiento...

Uno – Por eso he venido yo también. No sabía que era teatro moderno.

Dos – ¿Cree que habrá descanso?

Uno – ¿Todavía se hacen descansos?

Dos – Dependerá de lo larga que sea la obra, digo yo.

Uno – ¿Será lo bastante larga como para tener descanso?

Dos – En el programa no ponía nada.

Uno – Ya llevamos aquí un buen rato, ¿no?

Dos – Desde luego. Y seguimos esperando a que empiece.

Uno – ¿Y si nos hemos quedado dormidos?

Dos – ¿Los dos a la vez? No creo.

Uno – A lo mejor ya estamos en el descanso...

Dos – O ya ha terminado.

Uno – ¡No puede haber terminado si ni siquiera ha empezado!

Dos – Ya sabe cómo es el teatro moderno...

Uno – Entonces, ¿qué hacemos?

Dos – Esperar un poco más... Sería una tontería marcharnos ahora.

Uno – Tiene razón.

Una pausa.

Dos – Si al menos las acomodadoras vendieran helados...

Uno – ¿Eso no era en los cines?

Dos – Ah, no sé...

Uno – Yo tampoco.

Dos – Ni siquiera sé si todavía venden helados en los cines.

Uno – Pues en el teatro, imagínese...

Dos – Es una pena. Seguro que vendría más gente al teatro si las acomodadoras vendieran helados.

Uno – No me extrañaría...

Dos – Vamos a esperar un poquito más...

Uno – Y si no empieza, nos vamos a tomar un helado.

Dos – ¡Eso! Tendríamos que haber ido directamente.

Uno – Con lo que cuesta la entrada, ¡menudo helado podríamos habernos comprado!

Dos – Pero si la función es gratis. La paga el ayuntamiento.

Uno – Pues el ayuntamiento podría habernos invitado a un helado.

Dos – Bueno, ya está bien.

Se levantan.

Uno – Venga, vámonos de aquí.

Dos – ¡A por un par de helados!

Uno – ¿Un par?

Dos – ¡Dos bolas!

Uno – Ah, claro... No se olvide de la maleta.

Dos – Tiene razón... Como la dejemos aquí, todavía llamarán a los artificieros.

Salen.

7. Segunda oportunidad

El primer personaje está al borde del escenario, con una maleta en la mano, un poco inclinado hacia delante y mirando hacia abajo. El segundo llega apresuradamente.

Dos – ¿No estará pensando en tirarse sobre mí?

Uno – Eh... No... Si puedo evitarlo...

Dos – Perdona, quería decir... ¿no estará pensando en tirarse... desde ahí?

Uno – Ah... Eh... No... Si puedo evitarlo...

Dos – Qué pena... Quiero decir, ¡menos mal!

Silencio incómodo.

Uno – ¿Tan desesperado parezco?

Dos – No sé... ¿Y yo?

Uno – Sí, un poco... Parece que acaba de salir de...

Dos – Del dentista.

Uno – ¿Y ha ido mal?

Dos – Más o menos... Me ha dejado plantado.

Uno – ¿Sale usted con su dentista?

Dos – No, quiero decir que ha cancelado la cita.

Uno – Ya... ¿Y por qué?

Dos – Le dolían las muelas.

Uno – Vaya... Siempre me he preguntado a qué dentista van los dentistas cuando les duele una muela.

Dos – ¿Y adónde van los peluqueros a cortarse el pelo?

Uno – Ya sabe lo que dicen: en casa del herrero, cuchillo de palo.

Dos – Total, que me siguen doliendo las muelas... ¿Y usted?

Uno – Yo, de los dientes, estupendamente... Diría incluso que es casi lo único que me funciona bien.

Dos – ¿Por eso estaba pensando en...?

Uno – ¿En...?

Dos – En... saltar.

Uno – Todavía no había llegado a tanto. Solo quería asegurarme de que, si saltaba, fuera desde una altura suficiente. Para no quedarme simplemente inválido...

Dos – Imagínese. Está deprimido, intenta acabar con todo y termina parapléjico.

Uno – Como para deprimirse todavía más.

Dos – Ya lo creo.

Uno – Por eso quería comprobarlo.

Dos – Estaba inspeccionando el terreno.

Uno – Exactamente.

Dos – ¿Y bien?

Uno – ¿Qué?

Dos – ¿Hay altura suficiente?

Uno – No sé... ¿A usted qué le parece?

Dos – No tengo mucha experiencia...

Se acerca y mira hacia abajo.

Uno – Tenga cuidado...

Dos – Tiene razón. Sería el colmo.

Uno – ¿Y qué?

Dos – No parece muy alto... Quizá tirándose de cabeza...

Uno – Además, abajo hay césped.

Dos – Si al menos hubiera cemento...

Uno – El césped amortigua bastante. Sobre todo cuando ha llovido mucho.

Dos – Es verdad que últimamente tampoco hemos tenido suerte con el tiempo.

Uno – No. Es deprimente.

Dos – En cualquier caso, procure no fallar. Porque después no tendrá una segunda oportunidad.

Uno – ¿Cómo dice?

Dos – Si se pega un tiro y falla el primero, siempre puede intentarlo con un segundo. Basta con volver a apretar el gatillo. Pero si salta al vacío...

Uno – Claro.

Dos – ¿Se imagina subiendo otra vez las escaleras, con una pierna rota y el cráneo fracturado, para tirarse de nuevo?

Uno – No...

Dos – Dicen que el ridículo no mata, pero hay límites...

Uno – Preferiría morir con un poco de dignidad.

Dos – Bueno, tengo que dejarlo. Perdón, pero las muelas me están matando.

Uno – Gracias por los consejos, en cualquier caso.

Dos – De nada. ¿Sabe si hay alguna farmacia de guardia por aquí? Por lo de las muelas...

Uno – Sí, creo que... Mire, voy a acompañarlo. Mejor probaré con los medicamentos...

Dos – Hace bien. Con los medicamentos, si no sale bien a la primera...

Uno – Siempre queda una segunda oportunidad...

Salen juntos.

8. Séptimo cielo

Un personaje está en escena. El otro entra con una maleta.

Dos – Buenos días, vengo por lo de... Bueno, ya sabe...

El otro no parece saberlo.

Uno – ¡Ah, sí, el suicidio asistido! Perdón, es que... Le va a hacer gracia, pero también hacemos donaciones de semen. (El otro no se ríe.) Por su cara debería haber adivinado que no venía por...

Dos – No...

Uno – Y, además, para donar semen no se suele venir con una maleta.

Dos – No.

Uno le entrega un formulario.

Uno – Aquí tiene. Hay que rellenar esto. Espere, compruebo que no se haya mezclado con el otro formulario... No, es este. Nombre, dirección, teléfono...

Dos – ¿Teléfono?

Uno – Bueno, no es obligatorio... Está claro que después no vamos a llamarlo... En fin, número de la Seguridad Social, persona a la que avisar en caso de que no fallezca...

Dos – ¿En caso de que no fallezca? ¿Está seguro?

Uno – En principio funciona en el cien por cien de los casos, pero ya sabe... La perfección no existe. ¿Ha traído el cheque y una fotografía de carné?

Dos – Aquí están... (Le entrega los documentos.) La foto es un poco antigua, pero...

El otro examina la foto.

Uno – Ya lo veo... ¿Cuántos años tenía ahí?

Dos – Seis meses.

Uno – Bueno, tampoco exigimos que la foto sea reciente. ¿Viene recomendado por alguien?

Dos – ¿Cómo dice?

Uno – Si lo ha recomendado alguien que ya ha utilizado nuestros servicios, la mitad de lo que pague irá a su familia. ¿No lo sabía?

Dos – No.

Uno – Una pena. Podría haber hecho usted lo mismo por sus seres queridos. ¿No conoce a nadie con tendencias suicidas?

Dos – No sé...

Uno – En cualquier caso, ya es tarde. Otra vez será... Quiero decir... Queda una pequeña prueba.

Uno le da otro formulario.

Dos – ¡No me diga que hay que tener un cociente intelectual superior a la media para recibir ayuda al suicidio!

Uno – No, no se preocupe. Todo el mundo tiene derecho a quitarse la vida, incluso los idiotas. Solo comprobamos que conserva todas sus facultades y que sabe lo que está haciendo.

Dos – Bien...

Uno – Solo tiene que marcar las respuestas correctas. Es muy sencillo. Hasta ahora no hemos suspendido a nadie.

El segundo mira el test y empieza a marcar las respuestas.

Dos – Ah, sí... ¿Cuánto es uno más uno? ¿De qué color era el caballo blanco de Napoleón? ¿Hay vida después de la muerte?

Uno – Puede dejar una pregunta sin responder.

Dos – Entonces la última la contestaré más adelante, cuando lo sepa.

Uno – ¡Ah, no! Todavía no hemos previsto un servicio posventa.

El segundo devuelve el test completado.

Dos – ¿Hemos acabado con los trámites?

Uno – Casi... ¿Ha escrito una carta de desmotivación?

Dos – No...

Uno – Es broma, tranquilo.

Dos – ¿Y ahora qué hacemos?

Uno – Está todo en orden. Voy a avisar de su llegada...

Dos – ¿Avisar? ¿Quiere decir... allá arriba?

Uno – Si quiere decirlo así... Es en el séptimo...

Dos – ¿El séptimo cielo?

Uno – ¡La séptima planta! El departamento encargado de...

Dos – Ah, perdón.

Coge el teléfono.

Uno – Sí, Cristina, ha llegado tu cita... De acuerdo, le digo que espere... (Cuelga.) Vamos un poco retrasados. En invierno tenemos temporada alta... Y este año, con este tiempo... Es tan deprimente...

Dos – Yo tengo todo el tiempo del mundo...

Uno – Yo no, por desgracia... Me espera un día tremendo. Antes voy a por un café a la máquina. Ni siquiera me ha dado tiempo a tomar uno esta mañana. No ha sonado el despertador. ¿Le traigo uno?

Dos – ¿Uno qué?

Uno – ¡Un café!

Dos – Sí, ¿por qué no?

Uno – No se preocupe. Si cuando vuelva ya no está, me lo tomaré a su salud... Quiero decir, en su lugar.

Dos – Gracias por todo.

Uno – De nada.

Dos – No, de verdad. Será usted la última persona a la que haya visto antes de dar el gran salto. Así que no tendré nada que lamentar.

Uno – Gracias. Y... no se olvide de la maleta.

9. Adiós... o a nada

Dos personajes están frente al público. No se miran. El primero lleva una maleta.

Uno – Bueno... Todo lo bueno se acaba.

Dos – Sí... Hasta la mejor compañía tiene que despedirse.

Uno – Así que voy a dejarle...

Dos – Eso parece.

Uno – Pues... hasta luego.

Dos – Sí.

Uno – Aunque, cuando digo «hasta luego»...

Dos – Es poco probable que volvamos a vernos.

Uno – O, si nos vemos...

Dos – Mejor decir «adiós».

Uno – Eso... Adiós.

Dos – Pues eso...

Uno – Aunque eso de «adiós»...

Dos – ¿Qué pasa?

Uno – ¿Usted cree en él?

Dos – ¿En quién?

Uno – ¡En Dios!

Dos – Ah... Pues no mucho, la verdad.

Uno – Entonces «adiós» tampoco es la palabra más adecuada.

Dos – No.

Uno – ¿Y qué se dice cuando no se cree en Dios?

Dos – No sé...

Uno – ¿En qué cree usted?

Dos – No sé... En nada.

Uno – Pues podríamos decir... «a nada».

Dos – ¿A nada?

Uno – En vez de «adiós», decir «anada».

Dos – Sí, podríamos...

Uno – Pero entonces, ¿merece la pena decir algo?

Dos – Es verdad...

Una pausa.

Uno – Bueno, me marchó. Sin decir nada.

Dos – ¿Para qué iba a servir?

El primero empieza a marcharse, pero se lo piensa mejor.

Uno – ¿Al menos podemos darnos un beso?

Dos – Si quiere...

Se besan. El primero se marcha con su maleta.

Dos – Anada...

10. Equipaje sospechoso

Hay una maleta en escena. Entra un personaje. Mira la maleta y se pone a esperar. Llega otro personaje y lo saluda.

Dos – Buenos días...

Uno – Buenos días.

El segundo también se queda esperando.

Dos – ¿Lleva mucho esperando?

Uno – Unos diez minutos.

Dos – No estarán otra vez de huelga, ¿verdad?

Uno – No creo.

Dos – O habrá alguna «incidencia con un viajero», como dicen ellos...

Uno – Puede ser.

Dos – Una incidencia... En realidad quieren decir un accidente. O un suicidio. Alguien que se ha tirado a las vías y lo ha arrollado el...

Uno – Ah, ya...

Dos – Lo dicen para no traumatizar a nadie. En vez de decir que a uno lo ha partido el tren por la mitad, lo llaman «incidencia con un viajero». Ya nadie se atreve a llamar a las cosas por su nombre. Al ciego hay que llamarlo «invidente»; al vagabundo, «persona sin hogar»; al borracho, «persona con dependencia del alcohol»... Antes...

Uno – Yo no voy muy lejos. Mejor me voy andando.

Hace ademán de marcharse.

Dos – ¡Señor!

Uno – ¿Sí?

Dos – Se olvida la maleta.

Uno – ¿Mi maleta? Ah... No, no es mía.

Dos – ¿Cómo que no es suya?

Uno – No. Pensaba que era de usted.

Dos – Pues no. Además, ya estaba ahí cuando llegué.

Uno – Es verdad... Pensé que se había apartado un momento para ir a... O sea que no es suya.

Dos – No... ¿Y está seguro de que no es de usted?

Uno – ¡Completamente! ¿Por qué iba a decirle que no es mía si lo fuera?

Dos – Quién sabe... Hay gente que deja las maletas por ahí. Nunca se sabe por qué. ¿No le ha pasado nunca en una estación de tren?

Uno – No...

Dos – Muchas veces se retrasa la salida porque alguien ha dejado una maleta en un vagón y hay que esperar a los artificieros.

Uno – ¿La ha dejado o la ha olvidado?

Dos – Vaya usted a saber...

Uno – Una maleta no se abandona como se abandona a un perro.

Dos – Y mientras llega la brigada cinéfila...

Uno – ¿La brigada cinéfila?

Dos – ¡Los especialistas en explosivos! Con sus perros rastreadores.

Uno – Querrá decir «cinófila». «Cinéfila» es una brigada que va mucho al cine.

Dos – Salvo los perros guía de los ciegos, quizá.

Uno – ¿Y qué hace una persona ciega en el cine?

Dos – Ahora hay películas con audiodescripción.

Uno – Tampoco he visto a cinéfilos olfateando explosivos. En fin, nos estamos desviando del asunto...

Dos – ¿Qué hacemos entonces?

Uno – ¿Qué quiere que hagamos?

Dos – No podemos irnos y dejar aquí esa maleta abandonada.

Uno – ¡Pero si no es nuestra! No se puede decir que la abandonemos nosotros.

Dos – Ahora que sabemos que está abandonada, tenemos una responsabilidad.

Uno – ¿Una responsabilidad?

Dos – ¡Estamos hablando de un equipaje abandonado!

Uno – Tengo otras cosas que hacer. Además, es usted quien se ha dado cuenta de que estaba abandonada...

Dos – ¡Pero usted la vio antes! ¡Y estaba a punto de marcharse dejándola aquí!

Uno – ¡Que no es mía! No se puede abandonar una maleta que ya está abandonada. Se deja donde está y punto.

Dos – ¡O sea, que si encontrara a un niño abandonado, también lo dejaría donde está porque no es suyo!

Uno – ¡Una maleta no es un niño!

Dos – No, pero puede ser bastante más peligrosa.

Uno – ¿Peligrosa?

Dos – Si está llena de explosivos y su dueño la ha dejado ahí a propósito.

Uno – Estadísticamente, es muy raro que una maleta olvidada en un tren contenga explosivos.

Dos – Sí... Pero puede pasar.

Uno – ¿Cree que deberíamos avisar a la policía?

Dos – Me parece nuestro deber.

Entra un tercer personaje. Ve la maleta.

Tres – ¡Ah, mi maleta! Sabía que me la había dejado aquí antes de subir al...

Coge la maleta y empieza a marcharse.

Uno – En cualquier caso, nosotros hemos cumplido con nuestro deber.

Dos – Sí...

Uno – Me voy andando.

Dos – Sí, yo también.

Salen cada uno por su lado.

11. El vivo retrato de su hijo

Hay un personaje en escena. Entra otro, que empieza a mirarlo, primero disimuladamente y luego sin ningún reparo.

Uno – ¿Nos conocemos?

Dos (tendiéndole la mano) – ¡Antonio!

Uno – ¿Antonio? Pero yo no me llamo Antonio...

Dos – ¡Antonio! Soy yo, Antonio. Hicimos teatro juntos.

Uno – ¿Teatro?

Dos – ¿Ya no haces teatro?

Uno – Sí... Bueno, lo hice... Pero hace mucho tiempo. Y durante muy poco.

Dos – En aquel centro cultural.

Uno – Sí...

Dos – En las clases de teatro de los jueves.

Uno – Eso es...

Dos – Ensayamos una escena de Romeo y Julieta.

Uno – ¿Romeo y Julieta?

Dos – Yo hacía de balcón.

Uno – ¿En serio?

Dos – No, hombre, es broma. Hacía de Julieta.

Uno – ¿De Julieta?

Dos – Nuestro profesor era un poco especial...

Uno – Debe de ser por eso por lo que no duré mucho. No recuerdo haber ensayado esa escena.

Dos – ¡Que sí! ¡Romeo y Julieta!

Uno – Desde luego, a ti se te quedó grabado.

Dos – Pero te acuerdas de mí, ¿no?

Uno – Sí, claro, pero...

Dos – ¡Cómo pasa el tiempo!

Uno – Tú no has cambiado nada.

Dos – ¿Yo? Bueno, lo normal... Pero tú...

Uno – ¿Yo?

Dos – Casi no te reconozco.

Uno – Han pasado unos años.

Dos – Sí, pero... Es increíble.

Uno – ¿El qué?

Dos – ¡Lo que has envejecido!

Uno – Gracias...

Dos – No, si todos cambiamos con los años. Incluso yo he madurado un poco. Pero lo tuyo...

Uno – ¿Lo mío?

Dos – ¡Madre mía! Te han caído todos los años encima de golpe.

Uno – Bueno, tampoco hace falta que te lleves semejante disgusto.

Dos – Perdona, es que... Me impresiona verte así.

Uno – Ya veo.

Dos – Y yo, ¿te parece que sigo igual?

Uno – Perdona, ¿estás completamente seguro de que hicimos teatro juntos?

Dos – Segurísimo. Tengo mucha memoria para las caras. Si no, no te habría reconocido, con lo que has envejecido...

Uno – ¿En el centro cultural, dices?

Dos – ¡Sí, hombre! ¡Romeo y Julieta!

Uno – Vale... Ahora caigo.

Dos – ¿En qué?

Uno – Fui a aquel curso a echar un vistazo, porque estaba apuntado mi hijo.

Dos – ¿Tu hijo?

Uno – Federico. Seguro que ensayaste aquella escena con él.

Dos – Pero ¿no eres tú Federico?

Uno – Es mi hijo. Tiene tu edad. Yo solo estuve en el curso dos semanas, hasta que me di cuenta de que el teatro no era lo mío. Y eso de actuar con mi hijo... Me marché.

Dos – Entonces yo debí de llegar justo después. Estaba en lista de espera... Cuando quedó una plaza libre...

Uno – Claro. Ensayaste con Federico, mi hijo. Nos parecemos mucho, pero...

Dos – ¡Ya decía yo! No se puede envejecer tanto en cinco años. Pero entonces, ¿cuántos años tienes?

Uno – Podría ser tu padre...

Dos – Pues... sinceramente, no los aparentas.

12. El gran salto

El primero, que puede ser una persona enferma o anciana, está al borde del escenario, como si se dispusiera a saltar. Lleva una maleta. El segundo, que puede ser un sacerdote o un enfermero, le coge de la mano y lo empuja suavemente hacia delante.

Dos – Bueno, ¿preparado para dar el gran salto?

Uno – Sí, bueno...

Dos – Si aún no está preparado, dígamelo.

Uno – Sí, sí. Estoy preparado, pero...

Dos – No, porque si no... Tenemos tiempo. Tampoco hay tanta prisa.

Uno – ¿Cuánto tiempo?

Dos – ¿Cuánto? No sé... Unos cinco minutos, por lo menos...

Uno – ¿Cinco minutos?

Dos – Tiempo hay, pero tampoco tenemos toda la vida.

Uno – Póngase en mi lugar.

Dos – Prefiero no hacerlo. Pero ya verá, no sentirá nada. Y luego se encontrará mucho mejor...

Uno – ¿Ya verá?

Dos – ¿Cómo dice?

Uno – Ha dicho «ya verá».

Dos – Ah, sí... No, tiene razón, seguramente tampoco verá nada...

Uno – ¿Y entonces por qué dice «ya verá»?

Dos – ¡Es una forma de hablar! No es fácil describirlo... Bueno, explicarlo...

Uno – En realidad, no tiene ni idea.

Dos – No...

El primero sigue sin decidirse a saltar.

Uno – ¿Cree que hay algo al fondo? (El otro pone cara de duda.) ¿Cree que hay fondo siquiera?

Dos – ¿Piensa que podría no haber fondo?

Uno – ¿Ahora es usted quien me hace preguntas? Creía que estaba aquí para tranquilizarme... para darme todas las explicaciones necesarias.

Dos – Sí, pero... Tiene razón. En realidad, sé tan poco como usted. Y, en cierto modo, usted lo sabrá antes que yo...

Uno – Pero no podré volver a contárselo.

Dos – Tampoco estoy seguro de querer saberlo antes de tiempo...

Uno – Un pozo sin fondo...

Dos – ¿Es posible?

Uno – Según Newton y su ley de gravitación universal, el universo no deja de desplomarse sobre sí mismo. La existencia es una caída permanente. Un derrumbe perpetuo. Nos pasamos la vida cayendo. Caigo, luego existo...

Dos – Nacer ya es dar un salto a lo desconocido.

Uno – Desde luego, un salto al vacío...

Dos – Dicen que los gatos tienen siete vidas. Y siempre caen de pie.

Uno – ¿Y eso qué tiene que ver?

Dos – Nada... Pero cuando hay que saltar...

Uno – ¿Quiere saltar usted en mi lugar?

Dos – Antes o después también me tocará. Pero, de momento... no tengo prisa.

Uno – La filosofía, y sobre todo la religión, no deberían ser alternativas oscurantistas a la ciencia, sino maneras de adelantarse a ella mediante intuiciones que después habría que confirmar o refutar. Los creyentes tendrían que ser exploradores. No los que apagan la luz al marcharse.

Dos – Es verdad... ¿Ya está preparado?

Uno – Además, en la antigua Grecia no existía esa separación entre ciencia y filosofía. Los filósofos también eran matemáticos. O al revés.

Dos – Vaya... No lo sabía.

Uno – «Que nadie entre aquí si no sabe geometría». Eso estaba escrito a la entrada de la Academia.

Dos – ¿La Academia de la Lengua?

Uno – ¡La escuela fundada por Platón!

Dos – Ah, claro...

Uno – Todo eso se vino abajo más tarde.

Dos – Será por la ley de la gravedad. ¿Va a saltar solo o prefiere que lo empuje?

Uno – Voy, voy... Es como si me preparara para saltar en paracaídas.

Dos – Sí... Pero sin paracaídas.

Uno – O para hacer puenting.

Dos – Pero sin cuerda elástica.

Uno – O para saltar de un taburete y ahorcarme.

Dos – Tampoco hay soga. Usted solo tiene que saltar y estrellarse abajo.

Uno – En ese caso, casi prefiero que no haya fondo. Por cierto, ¿por qué tengo que saltar necesariamente?

Dos – ¿Se acuerda de cuando era niño y llegaba arriba del tobogán después de subir los últimos peldaños?

Uno – ¿Y qué?

Dos – Una vez arriba, hay que tirarse. Para dejar paso a los que vienen detrás.

Uno – Ya... ¿Cree que habrá alguna escalera para volver a subir?

Dos – Amigo mío... Ahí termina la ciencia y empieza la fe.

Empuja al otro desde el borde del precipicio, representado por el borde del escenario, hacia el vacío.

13. Seguro contra pinchazos

Hay un personaje en escena. Entra otro con una maleta.

Dos – Buenos días. He reservado por internet un coche de alquiler...

Le entrega un papel, que el primero examina rápidamente.

Uno – Muy bien... ¿Me enseña su carné de conducir?

El segundo le entrega su permiso.

Dos – Aquí tiene...

Uno – Esto es un permiso de navegación.

Dos – Ah, sí, perdone.

El segundo recoge su permiso de navegación y le entrega el carné de conducir.

Uno – Entonces... Lo que desea alquilar es... un coche fúnebre, ¿verdad?

Dos – Sí, eso es.

Uno – De acuerdo... ¿Y por cuánto tiempo?

Dos – Un día será suficiente.

Uno – Para acompañar a alguien querido a su última morada, supongo.

Dos – Sí, en cierto modo...

Uno – ¿En cierto modo?

Dos – En realidad, lo alquilo para mí.

Uno – De acuerdo... Y... ¿es para ir...?

Dos – De casa al cementerio. Como he comprado un ataúd para montar en casa, pensé que podría alquilar un coche fúnebre y conducirlo yo mismo...

Uno – Por supuesto...

Dos – Estuve a punto de pedir un taxi, pero...

Uno – Ya veo. Imagino que no le interesa la opción de kilometraje ilimitado.

Dos – No creo que sea necesario.

Uno – Veo que tampoco ha contratado la asistencia «Tranquilidad Total»...

Dos – Yo... No... ¿Qué es eso?

Uno – Si tiene una avería, nos ocupamos de todo. Y, si hace falta, le proporcionamos gratis un vehículo de sustitución... Bueno, un coche fúnebre de sustitución.

Dos – No sé... Son solo cinco kilómetros... El riesgo es bastante pequeño.

Uno – Bueno, una avería también puede dar lugar a un accidente.

Dos – ¿Un accidente, cuando vaya conduciendo el coche fúnebre hacia mi propio entierro?

Uno – Sería muy mala suerte, desde luego.

Dos – Salvo que fuera un accidente mortal, claro.

Uno – También podría pinchar una rueda...

Dos – ¿Un pinchazo?

Uno – No es obligatorio contratarlo, pero sería prudente.

Dos – ¡No me diga que la rueda de repuesto también es opcional!

Uno – No, claro que no... Bueno, creo que no. Usted decide...

Dos – Me arriesgaré.

Uno – En ese caso, aquí tiene las llaves.

El segundo coge las llaves.

Dos – Muy bien.

Uno – Solo me queda desearle buen viaje.

Dos – Gracias.

Uno – Y... tenga cuidado en la carretera.

El segundo se marcha con la maleta.

14. Como una puerta de cárcel

Dos personajes. El segundo está cerrando una maleta.

Uno – Entonces, ¿hoy es el gran día?

Dos – Sí... Por fin ha llegado la hora de salir libre.

Uno – Cuarenta años...

Dos – Casi una cadena perpetua.

Uno – No es humano. Haga uno lo que haga, nadie merece semejante condena.

Dos – Y eso que yo soy inocente.

Uno – Eso lo decimos todos...

Dos – ¿Y a ti cuánto te queda de condena?

Uno – Veinticinco años, siete meses y tres días.

Dos – ¿Has contado bien los años bisiestos?

Uno – Odio los años bisiestos...

Dos – Ahora yo los voy a querer un poco más.

Uno – ¿Y qué vas a hacer con tu libertad?

Dos – No sé. Ya no estoy acostumbrado...

Uno – ¿No vas a hacer ninguna tontería, verdad?

Dos – ¿Qué tontería?

Uno – El tipo de tonterías que te traerían de vuelta aquí.

Dos – No, tranquilo.

Uno – ¿No nos olvidarás?

Dos – Claro que no.

Uno – Y tampoco espero que vengas a visitarnos.

Dos – Tienes razón. Nos haría daño a los dos.

Uno – Te echaré de menos.

Dos – Yo también te echaré de menos... Aunque habría preferido conocerte en otro sitio.

Uno – ¿A qué hora exactamente te dejan salir?

Dos – A las cinco de la tarde.

Uno – ¿Te vienen a buscar, o...?

Dos – No viene nadie. Cojo mis cosas y me marcho en metro. Solito, como un hombre hecho y derecho.

Uno – Mientras tengamos salud...

Dos – Sí...

Uno – Cuarenta años, y todo cabe en esa vieja maleta. ¿Te das cuenta?

Dos – Sí... Llegué aquí con una maleta pequeña y me voy con la misma.

Uno – ¿Estás seguro de que no olvidaste nada?

Dos – Te dejo la cafetera...

Uno – Qué amable.

Dos – Yo, de ahora en adelante, tomaré el café en el bar de la esquina.

Uno – Tienes suerte...

Dos – Por desgracia, seguramente tendré que tomarlo solo. Después de tanto tiempo, ya no conozco a nadie.

Uno – ¿Estás seguro de que el bar de la esquina no ha cerrado?

Dos – ¿Crees?

Uno – Todos cierran, uno tras otro.

Dos – De niño, aquel bar era como nuestro centro juvenil. Nos reuníamos alrededor del fútbol. El dueño no tenía título de monitor, pero sabía darnos una buena lección a bofetadas cuando le faltábamos al respeto.

Uno – Si no hubiéramos hecho tantas tonterías de jóvenes, no habríamos acabado aquí...

Dos – Es verdad. Habríamos sido banqueros o abogados.

Uno – En fin, ya es tarde... ¡Hagan juego!

Dos – No va más.

Uno – ¿El director no te ha pedido que vayas a verlo?

Dos – ¿Para qué? ¿Para organizar una fiesta de despedida?

Uno – Tienes razón. Lárgate sin decir adiós.

Dos – Prefiero evitar volver a verlo.

Uno – Bueno, creo que esta vez sí que ha llegado la hora.

Dos – Cuando hay que irse, hay que irse.

Se abrazan emocionados.

Uno – Bueno, pues... ¡Que disfrutes de la jubilación, amigo!

Dos – Lo intentaré...

El segundo se marcha con su maleta. El primero se queda.

Uno – Mierda... Y a mí todavía me quedan veinticinco años por delante.

15. È finita la commedia

Entran dos personajes. El segundo lleva una maleta y la deja en el suelo.

Uno – ¿Qué comedia es esta?

Dos – Vamos, tampoco hay que hacer un drama...

Uno – ¿Está de broma? ¡Esto es una tragedia!

Dos – Yo diría que un auténtico melodrama.

Uno – Desde luego, parece una obra de teatro de las malas.

Dos – Sí. Al principio tenía pinta de vodevil.

Uno – Y después de unos cuantos equívocos...

Dos – Acabó convirtiéndose en una película de terror.

Uno – ¿Puedo decirle algo aparte?

Dos – Prometo no pregonarlo a los cuatro vientos.

Uno – Como esto siga así, acabaremos estrellándonos contra el decorado.

Dos – Es un desenlace posible, por desgracia.

Uno – ¿Ha visto la escena del crimen?

Dos – A mí me parece una puesta en escena.

Uno – No me venga ahora con películas.

Dos – El sospechoso está interpretando un papel, está clarísimo.

Uno – Menuda actuación nos ha ofrecido...

Dos – Sí... Una auténtica escena del segundo acto.

Uno – ¡Qué actor!

Dos – Es un personaje, desde luego.

Uno – Y la víctima tenía todo el aspecto de una joven promesa.

Dos – Yo diría incluso de una ingenua de manual.

Uno – Desde luego, se creía toda una estrella.

Dos – Al menos, su muerte le habrá permitido conocer las candilejas.

Uno – Aunque parece que el drama se representó a puerta cerrada.

Dos – Sin público y, por tanto, sin testigos.

Uno – Oscuridad total.

Dos – Ella soñaba con pisar las tablas...

Uno – Y acabará entre cuatro tablas.

Dos – En fin, usted debería estar contento. Llevaba años soñando con ponerse bajo los focos, y este caso parece hecho a su medida.

Uno – Tendremos que ensayar un poco antes de hablar con la prensa.

Dos – Procure no ponerse demasiado teatral esta vez.

Uno – Normalmente, el que sobreactúa es usted.

Dos – Qué gracioso es usted.

Uno – Y usted, un auténtico Tartufo.

Dos – Era lo que quería, ¿no? Ver su nombre en lo más alto del cartel.

Uno – No se preocupe, le cedo el papel protagonista.

Dos – Ni hablar. Sé que le encanta estar en el centro del escenario.

Uno – ¿Cómo se llamaba el autor del crimen? Me he quedado en blanco.

Dos – No cuente conmigo para soplarle el texto.

Uno – Claro... Siempre ha querido robarme el protagonismo.

Dos – ¿Y si hacemos una pausa? No me vendría mal un descanso.

Uno – En cualquier caso, el desenlace está cerca.

Dos – Salvo que haya un golpe de efecto.

Uno – Creo que ha llegado nuestra hora de salir de escena.

Dos – Sí, pronto caerá el telón.

Uno – Y me temo que volveremos a fracasar estrepitosamente.

Dos – Al menos, procuremos hacer una buena salida.

Uno – No esperaba que nos pidieran un bis, ¿verdad?

Dos – ¿Salimos por la derecha o por la izquierda del escenario?

Uno – Es una decisión digna de una tragedia clásica...

Dos – Mejor por la puerta de artistas. Será más discreto.

Uno – Tampoco a mí me gusta dar el espectáculo.

Al salir, el segundo echa una mirada a una espectadora.

Dos – Pues vaya... ¡Menudo balcón!

El otro también mira.

Uno – Diría que tenemos el aforo completo.

Dos – Al final, me parece que vamos a triunfar.

Uno – Para ser aficionados, trabajamos como auténticos profesionales.

Dos – No se dé tanta importancia.

Uno – Y usted deje de hacer el payaso.

Dos – Menudo circo...

Uno – ¿No quiere dar una última vuelta a la pista?

Dos – No, tiene razón: no conviene cansar al público...

Uno – Centrémonos en lo esencial, pero sin olvidarnos de los accesorios...

Dos – Porque los accesorios son la esencia misma del teatro.

El segundo recoge la maleta.

Dos – È finita la commedia.

Salen.

Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el [formulario de contacto disponible en sus sitios web](#).

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

<https://jeanpierremartinezmusic.com/>

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Enero de 2024

ISBN 978-2-38602-137-4

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.